

RESUMEN

Nos encontramos en una época en la que es patente la necesidad de una reducción del consumo energético en varias actividades humanas y también en la edificación, el ritmo de gasto actual no es admisible para el planeta en términos de sostenibilidad.

El grado de comodidad al que nos hemos acostumbrado, y que como sociedad no parece que estemos dispuestos a renunciar, se sitúa en el centro de la problemática. Aunque el confort es un concepto muy amplio que incluye la percepción de múltiples parámetros ambientales, en relación a la temática expuesta, se centra en el higrotérmico y lumínico. Así, los arquitectos no podemos desentendernos de esta realidad y por tanto, es conveniente abordarla a partir del proyecto arquitectónico desde un punto de vista holístico. Y más, cuando estudios recientes demuestran que las decisiones tomadas en las primeras fases del diseño influyen sobre el 80% del comportamiento energético del edificio.

La era moderna, que nace con el Renacimiento y que llega hasta nuestros días, con toda la evolución histórica acaecida en este lapso de más de tres siglos puede, aun así, caracterizarse por dos parámetros comunes. En términos culturales, ha sido desde el comienzo –todavía lo es en nuestros días– una cultura de proyecto y además se encuentra sumida en una total hegemonía de lo visual.

El oclocentrismo reinante hace que la imagen y el objeto como producto material, que se percibe a través de la vista, hayan centrado los parámetros de diseño. La arquitectura, ya sea como resultado o motor contextual, no ha sido ajena a estas dos realidades. Solo a partir de los movimientos de vanguardia del siglo pasado empezaron a mostrarse ejemplos de declarada sensibilidad hacia el medio y otras cuestiones menos materiales, dígame el confort, especialmente en la segunda generación de los años cincuenta y sesenta.

Con la aparición de la fenomenología y la hapticidad, como términos habituales en la descripción de los entornos habitados, se ponen en juego nuevas variables

que se mueven en ámbitos que todavía, los arquitectos, como proyectistas, como pensadores del entorno que las personas van a vivir, no hemos acabado de asumir como colectivo. Todo aquello que percibimos a través de los canales sensoriales, es mucho más que lo que vemos y por tanto parece necesario que de algún modo pueda ocupar su lugar correspondiente en el proceso de diseño.

Adicionalmente, una creciente tecnificación del entorno parece, tal y como indicaba Ortega y Gasset, que nos ha llevado a una adaptación irreflexiva y vacía del sistema de la racionalidad instrumental. La confianza en que la tecnología, *per se*, puede solucionar todos los problemas a los que se enfrenta el ser humano es una reflexión que va perdiendo fuerza con el devenir del siglo XXI.

Peter Collins creía que el estudio de la manera en la cual la gente había construido en el pasado y el estudio en que la gente construye en el presente, son dos cosas totalmente distintas y sin embargo, inseparables. Partiendo de este planteamiento y teniendo en cuenta todo lo expuesto anteriormente, se aborda el estudio del proyecto arquitectónico de Le Corbusier, en términos higrotérmicos y sensoriales, y de la *Grille Climatique*, herramienta desarrollada en su *atelier* a principios de los cincuenta, para controlarlos.

Con los medios y técnicas actuales –análisis, modelizado, monitorización y percepción del usuario– comprobamos la adecuación de este sistema y sus posibilidades de aplicación. A través de la relación con otras herramientas desarrolladas posteriormente y de la comparación entre el Pavillon Suisse y la Maison du Brésil, ideados antes y después, respectivamente, de la *Grille Climatique*, buscamos entender hasta qué punto, Le Corbusier tuvo en cuenta ciertas variables intangibles para su inclusión proyectual y de ello extraer conclusiones.